

WILLIAM H. MCNEILL

**LA BÚSQUEDA DEL PODER: TECNOLOGÍA, FUERZAS ARMADAS Y
SOCIEDAD DESDE EL 1000 D.C.**

**LA ACTIVIDAD MILITAR EN LA ENCRUCIJADA DE LAS
TRANSFORMACIONES HISTÓRICAS**

POR JOSÉ M^a. PARDO DE SANTAYANA GÓMEZ DE OLEA

MCNEILL, William H. The pursuit of power: Technology, armed force and society since A. D. 1000 (1982), University of Chicago Press. 1^a Edición en español, octubre 1988, Siglo XXI de España editores, S.A., Madrid, 10 capítulos, 431 pag.s.

William H. McNeill es profesor emérito de historia en la Universidad de Chicago. Este erudito norteamericano goza de gran prestigio en los ámbitos académicos. Hombres tan relevantes como Paul Kennedy lo citan con frecuencia y han incorporado a su pensamiento muchas de sus tesis. No se le puede considerar un estudioso del campo específico de la estrategia. No obstante, su labor académica le ha llevado a interesarse por el fenómeno de la violencia humana organizada. Sus obras anteriores a «La búsqueda del poder» suponen pasos de aproximación al estudio de la guerra. Así, en «The rise of the West: a history of the human community» (1963), que obtuvo el National Book Award, ya abordó la interacción entre tecnología militar y esquemas políticos. En su libro «Venice: the hinge of Europe, 1081 - 1797» (1974) analizó las relaciones entre comercio y actividad militar. En otra obra posterior «Plagas y pueblos» (1976) estudió el impacto de los microparásitos sobre el desarrollo de las poblaciones humanas. A lo largo de la obra «La búsqueda del poder» establece frecuentes paralelismos entre la acción de los microparásitos dentro del organismo humano y el de las organizaciones armadas dentro de las sociedades humanas.

En obras posteriores a «La búsqueda del poder» como «The great frontier: freedom and hierarchy in modern times» (1983) o «The global condition: conquerors, catastrophes and community» (1992) el autor continúa su reflexión sobre la importancia de la violencia humana y la actividad militar en la dimensión social y política del hombre.

«La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1.000 d.C.» es una obra bien estructurada y minuciosamente explicada que permite a cualquier lector abordar un tema trascendental para la comprensión global de los mecanismos de la historia humana y dentro de ésta de la importancia del fenómeno de la guerra. Además es una obra imprescindible para todo estudioso de la historia militar que quiera tener una visión completa sobre la evolución de la capacidad de las sociedades para generar y sostener fuerzas armadas (estrategia genética).

El autor analiza las transformaciones que se producen en los siguientes parámetros y los complejos vínculos que se establecen entre estos: tecnología civil, capacidad de producción del armamento, métodos de adquisición de los recursos militares, modelos de organización militar y política, demografía, disponibilidad de recursos sobrantes, capacidad de transporte y desplazamiento, capacidad de innovación, adiestramiento de la fuerza y control político de los ejércitos. Son especialmente interesantes sus consideraciones sobre los aspectos psicológicos del hombre dedicado a la actividad militar y su repercusión en la actitud de innovación y cambio.

Para McNeill, las alteraciones en el armamento se parecen a mutaciones genéticas de microorganismos en el sentido de que pueden, cada cierto tiempo, abrir nuevas zonas geográficas de explotación o destruir antiguos límites mediante el ejercicio de la fuerza dentro de la propia sociedad que los cobija. No obstante, aunque el autor centra su atención en la dimensión material y económica de los procesos, así mismo reconoce:

«que también las ideas influyen en los acontecimientos humanos y pueden a veces afectar decisivamente al equilibrio de fuerzas, hasta el punto de definir modelos humanos perdurables y fundamentales».

Frente a la historiografía marxista que considera que la supremacía del mercado y del nexo pecuniario es una característica permanente de la sociedad humana, McNeill mantiene una tesis claramente diferenciada:

«Podemos hacernos una idea más justa de la notable aventura europea en lo que respecta a la soberanía del mercado tanto en la administración militar como en otros tipos de administración reconociendo en ella una excéntrica desviación de la norma humana de comportamiento basado en el mandato: el tipo de comportamiento que prevaleció antiguamente y que se reafirmó con notable poder a partir de la década de 1880».

La industrialización de la guerra nace con la introducción de la metalurgia del bronce en Mesopotamia hacia el año 3.500 a.C. La primera gran revo-

lución vino con el descubrimiento del hierro hacia el año 1.400 a.C., el metal se abarató enormemente y una gran parte de la población masculina pudo dotarse de eficaces armas y armaduras; en consecuencia el fenómeno bélico se expandió. Los reyes asirios fueron los que con mayor éxito practicaron el arte del gobierno burocrático de las fuerzas armadas en los primeros tiempos de la edad del hierro.

«No parece exagerado sostener que los dispositivos administrativos fundamentales para el ejercicio del poder imperial, que siguieron siendo habituales en la mayoría del mundo civilizado hasta el siglo XIX d.C., fueron inequívocamente definidos por los asirios entre los años 935 y 612 a.C.».

Antes del año 1000 d.C., la preponderancia de los sistemas de mandato para movilizar recursos humanos y materiales en empresas a gran escala nunca se puso en duda. Las relaciones de poder a través de las fronteras políticas tenían el mismo carácter, con la diferencia de que los intermediarios que se desplazaban a uno u otro lado de las líneas de jurisdicción podían buscar el beneficio material al margen de las estructuras de mandato político-militares. Pero semejante conducta tenía sus límites. Cualquiera que acumulase grandes riquezas se enfrentaba al problema de conservar lo que había ganado. Lograr una protección eficaz era sin duda muy costoso, tanto como para inhibir una acumulación a gran escala de capital privado.

Por lo tanto, el comercio y el comportamiento regulado por el mercado, aunque presentes desde épocas muy tempranas, siguieron siendo marginales y subordinadas en las sociedades civilizadas antes del año 1.000 d.C. La mayoría de la gente vivía sin responder en absoluto a los incentivos del mercado. Conseguir lo suficiente para comer era la principal tarea de la vida. Las costumbres y la rutina inmemorial servían de guía precisa en casi todas las circunstancias vitales. Cuando se producían cambios a gran escala en la conducta humana estos respondían la mayoría de las veces a los mandatos de algún superior social.

La comercialización de la guerra, seguida a su debido tiempo por su industrialización, sólo comenzó a tomar forma, en el sentido más significativo a partir del siglo XI. La transformación fue lenta al principio, y no adquirió una velocidad galopante hasta siglos muy recientes.

La nación que inicialmente lideró este proceso de múltiples transformaciones fue China. El 2º capítulo explica el proceso que permitió a la sociedad china por medio del mercado liberar las energías necesarias para desa-

rollar y después producir en cantidades significativas nuevas armas y medios de expansión militar. Sin embargo, los éxitos chinos en la fundición de hierro y en la navegación, que se anticiparon a los posteriores triunfos técnicos europeos, fueron absorbidos en la progresiva realidad imperial china. El comportamiento basado en el mercado y el ánimo privado de lucro sólo podía funcionar dentro de límites fijados por las autoridades políticas que desconfiaban de la autonomía de los empresarios privados; quién acumulaba una fortuna atraía la atención oficial.

La ideología oficial se veía reforzada por la psicología popular, ya que la mayoría de los chinos, influidos por el confucionismo, pensaban que toda acumulación inusual de riqueza privada merced al comercio o a la manufactura era profundamente inmoral.

A partir del capítulo 3º McNeill aborda al caso europeo. La expansión militar de la Cristiandad latina en el siglo XI fue acompañada de la expansión de la conducta basada en el mercado. La fusión entre el espíritu militar y el comercial, característica de los mercaderes europeos, tenía sus raíces en el pasado bárbaro. Los saqueadores y los traficantes vikingos eran antepasados directos de los mercaderes de los mares del Norte del siglo XI. Un buen pirata siempre tenía que redistribuir su botín comprando y vendiendo en algún sitio.

Como en China en la misma época, los lugares en los que el transporte y las comunicaciones eran extraordinariamente fáciles se pusieron a la cabeza de la actividad comercial. En tierras mediterráneas, el desarrollo comercial de Europa también resultó afectado por el hecho de que era fácil importar los conocimientos de sociedades adyacentes más desarrolladas. En primer lugar, esta configuración dio primacía a Italia. Un centro comercial secundario surgió en los Países Bajos, donde convergían los ríos navegables Rin, Mosa y Escalda.

Poco a poco se fue dedicando más tiempo y esfuerzo a la producción para la venta en el mercado, a veces a gran distancia. La especialización condujo a un incremento de la riqueza y alteró los equilibrios en favor de los mercaderes-capitalistas. Antes de finales del siglo XII, en los centros económicos más activos se comenzó a cuestionar la preeminencia de los caballeros y el liderazgo social basado en las relaciones rurales. Estos cambios sociales y económicos se vieron reforzados por un debilitamiento paralelo de la supremacía de los caballeros en la guerra.

La aparición de la ballesta en Europa dotó a los ejércitos de las ciudades de un eficaz arma ofensiva de sencillo manejo. El arte de la guerra se fue haciendo más complejo, el simple valor personal, reproducido en las familias de caballeros a lo largo de generaciones, ya no bastaba para ganar batallas o mantener el predominio social. Las ballestas y las picas tenían que ser completadas por la caballería para la protección de los flancos y la persecución de un enemigo ya derrotado. Alguien tenía que ser capaz de coordinar y adiestrar el conjunto.

En general, la complejidad del nuevo arte de la guerra reforzó el localismo en relación con unidades territoriales más antiguas, lo que llevó al hundimiento de la estructura imperial en el siglo XIII. La Cristiandad permaneció dividida en estructuras políticas locales divergentes, constantemente enfrentadas entre sí e infinitamente complicadas por las reclamaciones territoriales y jurisdiccionales supuestas. Esta situación política, a diferencia de las estructuras imperiales chinas, permitió que una notable fusión entre los comportamientos mercantiles y militares echara raíces y floreciera en los centros comerciales más activos de Europa occidental. La comercialización de la violencia organizada comenzó a destacar energicamente en el siglo XIV, cuando los ejércitos mercenarios se hicieron habituales en Italia. Después de ello, las fuerzas y las actitudes mercantiles comenzaron a afectar a la acción militar como rara vez antes lo habían hecho.

Los avances en la arquitectura naval dieron un gran impulso al comercio, al abrir nuevas rutas comerciales y aumentar la seguridad de los transportes aun en condiciones climáticas adversas.

Las mejoras en la artillería, que fueron posibles gracias a los progresos de la metalurgia, variaron drásticamente el panorama militar. La invención francesa y borgoñona de los cañones de asedio móviles hizo que las fortificaciones entonces existentes resultaran inútiles. Este factor dio la primacía militar a los nuevos estados incipientes que eran los únicos capaces de pagar los altos costes de estas armas. Primero Francia y después España dominaron las ciudades italianas y terminaron configurando un modo distinto de concebir la actividad militar. Los tercios españoles emergieron de las guerras italianas de (1499-1559) como las más formidables fuerzas armadas de Europa.

El cañón fue también el arma que dio a las marinas europeas una superioridad sin rival en todos los mares del mundo. Los cañones, barcos y ejércitos del siglo XVI necesitaban ser respaldados por una actividad econó-

mica, técnica y organizativa sin precedentes. En el mar, la mezcla de intereses militares y comerciales fue siempre estrecha. El valor estaba firmemente subordinado a las finanzas, puesto que antes de que el barco zarpara tenía que ser equipado con un surtido bastante complejo de pertrechos que solo podían conseguirse pagando en efectivo. En tierra, los gastos en que incurrían los ejércitos no eran menos reales, pero los suministros no se dividían tajantemente entre los costes de equipar diferentes unidades para distintas empresas.

En parte la dificultad radicaba en que a los hombres que tomaban la decisión de reclutar ejércitos y planear campañas no les gustaban en absoluto los cálculos pecuniarios. La guerra era cuestión de honor, prestigio y autoafirmación de heroísmo. El modelo tenía perfiles claros de un sistema de mandato y un Rey como Felipe II encajaba perfectamente con ese estilo de gobierno. Los motines de las tropas fueron el talón de Aquiles del modelo militar correspondiente, el desafortunado historial financiero del monarca la causa de dichos motines.

Para desgracia del principio de mandato, buena parte de lo que Felipe II necesitaba para sus ejércitos no se podía conseguir en la España peninsular. Era precisamente en aquellos lugares donde la voluntad del rey no era soberana donde se concentraba la actividad económica y la producción de armas. La iniciativa privada establecía sistemáticamente las empresas a gran escala allí donde los impuestos eran bajos. Así, en el siglo XVI, hasta las más poderosas estructuras de mandato europeas llegaron a depender del mercado internacional de dinero y crédito para la organización militar y otras empresas importantes.

No es de extrañar que el nuevo modelo militar emergente naciera en un país de comerciantes, que pagaba a sus tropas e infundía en sus ejércitos principios y procedimientos más en consonancia con el mundo del mercado. De ese modo, los holandeses introdujeron importantes mejoras en la administración y la rutina militar. Descubrieron en especial, que largas horas de instrucción no solo mejoraba la eficacia en el combate sino que además daba un notable *esprit de corps* a la tropa.

Durante los dos siguientes siglos los ejércitos y las marinas siguen evolucionando siguiendo las pautas de unas sociedades cada vez más mercantilizadas. Las décadas que precedieron a la revolución vieron en Francia un intenso debate sobre cuestiones militares que rompió las limitaciones que hasta entonces habían condicionado el volumen de la actividad militar e hizo posible los espectaculares logros militares de la era

napoleónica. Las mejoras en las carreteras de centroeuropa, los avances en cartografía, las órdenes escritas y la invención de la división abrieron la puerta al empleo de unos ejércitos masivos. El autor establece además una interesante relación entre las alteraciones causadas por las revoluciones francesa e industrial y el rápido crecimiento demográfico.

Gribeauval fue quizás la figura más interesante de aquellos años anteriores a la revolución. Introdujo el concepto de tecnología por encargo, que trataba deliberadamente de crear un nuevo sistema de armas que sobrepasase las posibilidades existentes.

«Los artilleros franceses que respondieron con tanto éxito a las directrices de Gribeauval merecen ser considerados como los pioneros de la carrera tecnológica de armas actual».

Desde mediados del siglo XIX los avances en el campo de la tecnología militar tanto naval como terrestre empiezan a acelerarse a un ritmo vertiginoso. Muchas de las innovaciones se produjeron llevando la tecnología militar al nivel de la ingeniería civil que se había adelantado en su evolución. Es además asombroso que como consecuencia de estos cambios incluso pequeños destacamentos de tropa, equipados al estilo europeo moderno, podían derrotar a Estados africanos y asiáticos con facilidad. Las potencias imperiales cayeron además en la cuenta de que las acciones armadas a lo largo de la periferia de sus respectivos imperios no les costaban casi nada. De este modo, se facilitó la dinámica imperialista que produjo entre los estados europeos grandes tensiones.

Así como la industrialización de la guerra puede ser fechada en la década de 1840, cuando los ferrocarriles y la producción en serie semiautomatizada, junto con los fusiles de retrocarga prusianos y los esfuerzos franceses por explotar el vapor en detrimento de la supremacía naval británica, comenzaron a transformar las instituciones militares preexistentes, así también es posible datar la intensificación de la interacción entre los sectores industrial y militar de la sociedad europea en la alarma naval que tuvo en Gran Bretaña en 1884. En el fondo estaba la cuestión de la difusión de las técnicas industriales de las islas británicas a otros países, medidas que las propias empresas privadas de armamento británicas tuvieron que tomar para seguir siendo competitivas y rentables económicamente.

El alarmismo británico encontró un excelente aliado en la campaña francesa de 1888 de construcción naval a gran escala. Se puso en marcha una verdadera carrera de armamentos naval que dinamizó extraordinariamente las múltiples relaciones e intereses que participaban en el proceso.

Lo que distinguió a la situación creada a partir de 1884 fue no tanto una novedad absoluta como el alcance la envergadura y las ramificaciones de la nueva versión naval de la tecnología por encargo. De hecho, durante los treinta años siguientes creció como un cáncer dentro de los tejidos de la economía de mercado mundial, que con anterioridad había parecido tanto inmortal como invencible.

McNeill considera que la necesidad de movilizar la totalidad de los esfuerzos nacionales durante las guerras mundiales marcaron un retorno a las economías y sociedades de mandato, poniendo fin a un experimento de mil años en la organización del esfuerzo humano a gran escala a través del mercado.